

ANÓNIMO

FLOR DE ROMANCES NUEVOS

ÍNDICE

Cuarta, Quinta, y Sexta parte de Flor de Romances nuevos, nunca hasta agora impresos, llamado Ramillete de Flores: De muchos, graves y diversos Autores. Recopilado no con poco trabajo: Por Pedro Flores Librero: Y a su costa impreso. Y demás desto, va al cabo la tercera parte de el Araucana, en nueve Romances, excepto la entrada de este Reino de Portugal, que por ser tan notoria a todos no se pone.

Primer romance

Segundo romance

Tercero romance

Cuarto romance

Quinto romance

En favor de la reina Dido

Sexto romance

Segundo en favor de Dido

Séptimo romance

Y prisión del Caupolicán

Octavo romance

De la prisión y muerte de Caupolicán

Nono romance

De la nueva elección de general en Chile, después de la muerte del Caupolicán

En loor de Lincoya, nuevo general de Arauco

Octavas

En que se declaran las partes y calidades de Colocolo, gran consejero en el estado de Arauco

Primer romance

Cual el furioso león
contra tigre de la Hircania,
o cual la ligera onza
contra pantera de la Asia,

están Tucapel y Rengo
en medio de empalizada.
para acabar la contienda
de mucho tiempo aplazada.

Ya después que mucha sangre
por el campo se derrama,
y que a los membrudo cuerpos
vigor y fuerza les falta,

y después que los escudos
las lorigas y corazas
ni sirven para amparar
a quien los viste y embraza,

alzó al fuerte Tucapel
el brazo, y con él la espada,
con la cual a Rengo abrió
en la cabeza una llaga,

no siendo parte el escudo
de que Rengo se amparaba
pues con la embrazadura
el crestón y la celada

quedó un rato suspendido
en pies, sin saber do estaba,
y cuando en su acuerdo estuvo
de Tucapel se abraza.

Tucapel le arrojó lejos,
de si la sangrienta espada,
porque no quiere victoria
con armas aventajadas.

Comienzan los dos la lucha

y tan furiosos andaban,
que como niños se arrojan
puños de arena a las caras:

al fin los dos vacilando
la tierra miden sin vara,
siendo de ambos la caída
y de ambos la desgracia,

estando los dos en tierra
sin conocerse ventaja,
salvo el pie y brazo derecho
que Tucapel encabalga,

por lo cual los de su parte
la victoria le aplicaban;
y viendo el Caupolicán
el rumor que se levanta,

como juez que era del caso
se metió en la empalizada,
alzó a los dos de la tierra
y dijo: «rendid las armas,

que yo tomo sobre mí
el cargo de esta batalla,
y ninguno sea osado,
so pena de mi desgracia,
de atravesarse con otro
en obras, ni con palabras».

A todos pareció bien
lo que el Caupolicán manda
y en sanando los heridos
hicieron juegos y danzas.

FIN

Segundo romance

Deseoso el Caupolicán
de liberar a su patria
y de abatir por el suelo
la fuerza y valor de España,

quiso usar de una industria
principio de su desgracia,
pronóstico de su muerte,
desventura y mala andanza;

para lo cual llamó un indio
hombre astuto en toda traza,
sagaz, discreto, atrevido,
mañero y de mucha audacia

al cual le dice: «amigo
a mi me importa que vayas
como indio forajido
do esta la gente de España,

y que como dentro estés
notes el asiento y plaza,
la gente, la munición
los, caballos, gentes, y armas».

No quiso Pran más oír
pensando que en su tardanza
estaba el bien y remedio
de sus amigos y patria.

Con un guanacóna habló
para saber lo que pasa,
informarse por entero
de lo que a su cargo estaba.

El guanacóna responde
con intención falsa y mala:
«Haré, Pran, lo que me dices
sin faltar un punto en nada».

Pran le dijo: «si te place
y al parecer no te tardas,
vamos que cerca de aquí
Caupolicán te aguarda».

Caminan los dos apriesa
cuanto el aliento les basta,
recíbelos el Chilcano
con gentil denuedo y gracia

y dice: «joven dichoso,
hoy la nación araucana
pone en tus manos su honra
y yo mi ejército y fama;

a ti se dará el loor
y el premio de la jornada,
conque mediante tu industria
nos des la orden y traza
para entrar dentro en el fuerte
y asaltar la gente y plaza».

Andresillo le responde:
«Pláceme de buena gana,
con más cautela que tuvo
Simón en Troya y su entrada,

y mañana a medio día
cuando la gente cristiana,
se entregue al quieto sueño,
porque la noche haré guarda,

yo daré a Pran cierta seña
y entonces con mano armada
puedes entrar victorioso
y asaltar el fuerte y plaza».

Con esto dél se despide
y luego con faz doblada
a Reinoso cuenta el caso,
siendo traidor a su patria.

Reinoso se lo agradece
con cariciosas palabras,
pero que en saliendo el sol
dé la seña concertada,

y el astuto capitán
con gran cuidado repara,
lo necesario y forzoso,
la munición y las armas,

y a don Alonso de Arcila
le da a una puerta la estancia
y a todos dice: «señores,
el silencio no haga falta,

todos dormidos, despiertos
estén con solas las caras,
pero los ojos de suerte
que no junten las pestañas».

Pran se llegó a Andresillo
dos horas después del alba,
y como vio que la gente
estaba al sueño entregada,

salta cual diestro grumete
sube por la negra jarcia,
y avisa al Caupolicán
para que marchando vaya

tendido el pecho por tierra
y encubiertas las armas.
Pero el traidor de Andresillo,
ingrato a su propia patria,

da luego la contraseña
diciendo «gente de España,
velad, aunque estéis dormidos,
que hoy os da el cielo la palma».

A la voz que dio el indio
la gente se puso en arma,
y en otra falsa reseña
los indios entran la plaza.

FIN

Tercero romance

Juntos el mucho valor
de la gente castellana
y la engañada cautela
de la nación araucana.

que piensa de aqueste asalto
llevar el lauro y la palma,
fundados en su valor
y una torpe confianza;

pero la varia fortuna
se le mostró tan voltaria
que dio miserable fin
a sus vanas esperanzas.

Llegan pues los escuadrones
por dos partes de la plaza,
a donde el artillería
furiosamente dispara:

allí se vio en breve espacio
mucho del cuerpo sin alma,
muchas cabezas sin cuerpos
y cuerpos que brazos faltan;

otros llevados las piernas,
otros rotas las espaldas,
otros que por muchas partes
asoman vidas y entrañas;

otros que vertiendo sangre
atónitos procuraban
remediar su corta vida;
otros que en balde trabajan

rompiendo el silencio junto
del artillería y armas.
Sale el famoso de Arcila
con treinta de camarada,

y aguijando los caballos
fuera de la palizada,
atropellando y hiriendo
dan sobre la retaguardia

de los indios que ya viendo
el grande estrago que pasa
se procuran retirar
haciendo del temor alas.

El mísero Pran que vido
el destrozo y mala andanza
de sus amigos, volvió
a meterse entre las armas,

porque no quiere escapar

la vida que ya desama:
y otros que en tiempo tuvieron
opinión de hombres de fama

vuelven a los que los siguen
los pechos, manos y armas,
diciendo: «abrid, españoles,
camino hasta las entrañas
por los invencibles pechos
que guardan bien sus espaldas;

pero entre estos de opinión
Rengo y Tucapel no estaban
ni Orompello y sus amigos,
que quedaron en sus patrias

por no querer consentir
que se hiciese esta jornada
con tal cautela y engaño,
diciendo ser reprobada

en milicia la victoria
cuando por traición se alcanza
y que con gente dormida
no pelean sus espadas.

El Caupolicán confuso
su ejército desampara,
y con sólo diez soldados
se metió en una emboscada
para esperar el suceso
que tiene su mala andanza.

FIN

Cuarto romance

Siguiendo de la fortuna
el viento en popa y bonanza
y de los Chilcanos tristes
su fortuna y su desgracia,

y procurando saber
el Caupolicán do estaba,
halló en una ranchería

el de Arcila una chilcana,

moza, hermosa y de quince año,
de gentil donaire y gracia,
dama ilustre al parecer,
afligida y mal llagada.

Don Alonso le pregunta
quién es y cómo se llama;
a quién la india responde:
«es mi propio nombre Lauca

soy hija de Millarauco,
y es mi madre la desgracia:
diome mi padre marido
mancebo y de buena gracia,

bien abundante en nobleza,
habrá un mes, ¡oh suerte avara!
que se publicó esta guerra
y fuelo contra mi alma:

mi dulce esposo seguí
porque el amor me incitaba
a morir y no dejarle,
por ser la prenda de el alma;

contrastome la fortuna
siendo en todo mi contraria,
pues con una bala abrió
un pecho y llevó dos almas;

y viendo estar ya nublado
aquel sol que me alumbraba,
hacíale los obsequios
con lágrimas de mi cara,

cuando llegó un español
entre el tropel que pasaba,
el cual con brazo cobarde,
cual de una mujer flaca,

me abrió en la cabeza
una pequeñuela llaga,
desigual de la que rompe
pecho, corazón y entrañas;

dile voces que volviese
a emplear en mí su espada,
teniendo por mejor suerte
morir que vivir penada;

y ya que no hubo clemencia
en aquella mano flaca
suplícote que la tuya
dé fin a esta desdichada.

Don Alonso enternecido
de lo que la india habla,
por haber pagado amor
un tiempo tributo y paria,

le dijo: «no soy tan cruel
ni de nación tan villana.
que he de procurar dar muerte
a quien remedio le falta».

Alimpió la herida
y limpiándole la cara,
con yerbas se la curó,
medicina en Chile usada,

y a un guanacona le entrega
para que con ella vaya
y que en su casa la ponga
libre sin peligro y salva;

y con toda su cuadrilla
se vuelve para la plaza,
tratando en la desventura
de la india y su constancia:

y queriendo don Alonso
loar a Dido por casta,
le respondió un soldado
ser de opinión bien contraria,
y en competencia de aquesto
de Dido la historia aclara.

FIN

Quinto romance

En favor de la reina Dido

Ya cuando el dorado Febo
se muestra en el mar de España
dejando en tiniebla oscura
el Mar del Sur y sus playas,

y cuando los afligidos
araucanos lamentaban
su perdición y ruina
y los de España triunfaban,

va don Alonso de Arcila
recogiéndose a la playa
tratando por pasatiempo
de Dido la historia larga,

recogiendo la memoria
por ver que a las veces falta
a los que el bélico son
siguen de trompas y cajas.

Habréis de saber, les dice,
que injustamente infamada
fue la casta Elisa Dido
por reina en Tirio aceptada,

y que si Virgilio quiso
en su Eneida deshonorarla,
fue porque Augusto Octaviano
de troyano se jactaba;

y de que esto sea verdad
la edad misma lo declara
que Eneas cien años antes
fue, que no Dido reinara,

Cartago setenta al justo
después de Roma fundada.
Fue hija del rey Belo Dido
y con Sicheo casada,

gran sacerdote del templo
de Alcides, que en Tirio estaba,

y a su grande dignidad
sólo el rey se aventajaba.

Dejó el rey solos dos hijos:
Pimaleón, que heredaba,
y el otro la casta Dido,
sin ventura y desdichada,

pues que mató a su marido
la ciega codicia avara,
de Pimaleón su hermano
por tomarle el oro y plata:

hízole suntuoso entierro
la Elisa Dido casta,
no tan suntuoso en riqueza
cuanto cubierto de agua
de la que sus castos ojos
por su Sicheo derraman.

Indignada y afligida
por la traición ya pasada,
a Pimaleón escribe
una bien fingida carta,

que porque se quería ir
al reino donde él estaba
le envíe una grande flota
de naves bien aprestada,

en la cual metió de arena
un gran número de cajas,
y su tesoro metió
solo en la nao capitana,

y porque notorio fuese
a los que su hermano enviaba
hizo en el profundo mar
lanzar las fingidas cajas:

todos quedaron suspensos
de ver cuán determinada
quiso perder su tesoro
aquella reina indiana:

por otra temen la vuelta

a donde su rey estaba
por el rigor y castigo
que aguardádoles estaba,

y así todos determinan
seguir a la Dido sabia
y servirla por su reina
y no volver a su patria;

por lo cual la astuta Dido
manda que la flota vaya,
la vuelta de Cipro, tierra
amiga y bien deseada.

FIN

Sexto romance

Segundo en favor de Dido

No el sedicioso cosario
que sulcando el mar de España
buscando la nueva presa
la tiene más deseada,
que los soldados quedaron
con la historia comenzada,

por lo que todos suplican
le dé fin en lo que falta.
Navegando, pues, la flota
llegó con viento en bonanza

al fértil reino de Túnez,
a donde pidió entrada,
y pareciéndole tierra
propia para su morada,

pidió a los naturales
que cuanto un cuero de vaca
le vendan por su dinero,
la cual venta fue otorgada.

Hizo buscar un gran toro,
y su piel bien adobada,
hizo en delicadas tiras

un gran número de varas,

y porque la invención
del papel no era hallada,
y en papel se escribía
llamaban al cuero carta,

y así se llamo Cartago
la ciudad edificada:
levantola de alto muro
anchos fosos, hondas cavas,

y puso en ella gobierno
de gente sabia y anciana,
que mantuviesen justicia
sin faltar un punto en nada:

y fue tanto el buen gobierno
de Dido, la industria y maña,
que de muy remotas tierras
vienen gentes a buscarla:

y el que por mujer la quiso
fue el potente rey Yarbas,
el cual, vencido de amor,
sus mensajeros despacha,

a pedirla por señora
de su reino, hacienda y casa;
y como fueron llegados
dentro en Cartago, declaran

a los senadores juntos
lo que su rey les demanda.
Estando suspensos todos
usaron de astucia y maña,

haciendo la relación
a Dido bien encontrada.
«Habéis de saber, le dicen,
que nos llama el rey Yarbas

para gobernar su tierra,
de que nos pesa en el alma,
porque ya que en mocedad
te seguimos, reina amada,

querriamos en la vejez
reposar en nuestras casas». Alegre Dido responde,
maliciosa aunque engañada:

«amigos, si yo pudiera,
por vuestra quietud y holganza
digo que fuera a servir
por vosotros al rey Yarbas».

Todos juntos respondieron:
«tú fuiste juez de tu causa
presuponiendo que el rey
por su mujer te demanda».

La reina quedó suspensa
y aunque confusa y turbada,
respondió: «tres meses quiero
de tiempo, en el cual sin falta

daré respuesta del caso
como la razón lo manda». Pasose, pues, este tiempo
con muchos juegos y danzas

y el postrer y último día
en una anchurosa plaza,
todo el pueblo congregado,
les dio la respuesta amarga,

diciendo: «leales amigos,
bien veo la grande falta
que os haré con mi ausencia,
pero del honor guiada

y por no faltar un punto
a la honra que me llama
del ya difunto Sicheo,
daré una muy buena traza

con que vosotros quedéis
libres, y yo quede salva
a la demanda injusta
del poderoso rey Yarbas,

que será darme la muerte
con esta luciente espada;
y aun no lo hubo bien dicho
cuando la vida remata,

y abriéndose el blanco pecho
dentre en la lumbre se lanza,
dándose muerte cruel
por morir honrada y casta.

Esta es; dice don Alonso
de Arcila, la historia clara
de la casta Elisa Dido
que murió por el rey Yrbas.

Todos quedan admirados
de ver con cuanta infamia
se atrevió el Mantuano
escribir cosa tan falsa;

y como al fuerte llegaron
procuran dar nuevas trazas,
para poder descubrir
do el Caupolicán estaba.

FIN

Séptimo romance

Y prisión del Caupolicán

En un encubierto valle
de obscura selva cercado,
riberas de un hondo río
que riega el valle de Arauco,
lugar defendido y fuerte,
de una gran peña amparado,
rota y perdida su gente
está el gran Caupolicán
temerario y vergonzoso
de volver ante el senado.

Se recogió con diez solos
diestros, pláticos soldados,
a los cuales dice: «amigos,

entretanto que descanso

y doy remedio a mis males,
recogeos a vuestro rancho
y ninguno se descuide
de lo que le está encargado:

mirad que la confianza
siempre acarrea gran daño». Considerando el suceso
de el ejército araucano,

en su tienda recogido
sobre el codo reclinando,
lleno de imaginaciones,
honor, temor y cuidado

está, y al romper del día,
junto al alba el postrer cuarto
de súbito le rodea
un escuadrón castellano

que vinieron por la sierra,
de un guanacona guiados:
unos llegan por arriba.
otros entran por lo bajo:

procúranse defender
los araucanos soldados
y los que más se defienden
quedaban peor llagados.

Preso el gran Caupolicán
y los demás que han hallado,
entre los cuales se finge
ser ordinario soldado.

Ya que llevaban la presa
de gente, ropa y ganado,
y caminan para el fuerte
todo el castellano bando

llegó una india furiosa
por el monte en lo más bajo,
al parecer de valor,
de gentil donaire y trato,

y viendo al Caupolicán
dice: «hombre afeminado,
do está aquel valor y esfuerzo
¿que tenías tan sobrado?

¿qués de tu ánimo invencible?
¿qués de aquel terror y espanto
que tenías y mostrabas
contra el bando castellano?

Dime por qué me trujiste
con tan disfrazado engaño
a la muerte y que padezca
el hijo que has engendrado,
el cual engendrar no hubiera
padre tan acobardado;

y pues tus crecidos miembros
tan mal los has empleado,
cría tu hijo, cobarde,
como mujer al regazo,

que hoy tomaré de hoy más
el nombre que tú has dejado,
de hombre para morir
no como mujer temblando.

FIN

Octavo romance

De la prisión y muerte de Caupolicán

Herido el Caupolicán
escapó de la batalla,
y preso, que es lo peor
y lo que más le pesaba:

preso va en medio de todos
los que le llevan en guarda
con el rostro ceniciento
y la cabeza inclinada;

suspira de rato en rato

y aún entre sí se quejaba:
¿en qué te ofendí, Fortuna,
que así te muestras contraria?

acaba ya de seguirme
mira que no ganas nada,
que es honra en el rendido
(como dicen) dar lanzada.

¡Oh luz del ardiente sol,
para mi tan deseada,
cuán bien que habías comenzado
si tu curso así acabara.

Noble Senado de Arauco,
¿qué diréis de mi tardanza,
pues perdéis la libertad,
yo libertad, honra y fama?

Así estaba razonando
cuando le avisó la guarda
que ya no había remedio
por ser la sentencia dada;

pide digan a Reinoso,
capitán del Rey de España,
que le conceda licencia
para hablarle una palabra,
y habiéndosela otorgado
así comenzó su habla.

FIN

Octavas y Romance

Yo soy Caupolicán a quien Fortuna
puso en lo más alto de su rueda:
jamás se me negó cosa alguna
que un rey o gran monarca alcanzar pueda;
fui del valle de Arauco la coluna,
tuve de Chile el mando, en paz muy leda,
y agora soy un triste que a la muerte
me trajo la Fortuna y triste suerte.

Hice por mi valor temblar a Marte,
diome de mil naciones la pujanza,
hice con mi saber, industria y arte
temblar al español, y su pujanza
la puse por el suelo en toda parte,
hasta agora que hizo tal mudanza
el tiempo en mis victorias, que estoy puesto
a pagar con mi muerte todo el resto.

Por tanto, si clemencia en ti se halla,
ilustre capitán, humilde pido
revoques la sentencia que está dada,
considerando el tiempo a que he venido.
Y porque en acabar esta jornada
no acabas mas de un cuerpo ya rendido
y habrá en mi lugar que me sucedan
Caupolicanes mil que en Chile quedan,

mira que evitarás guerras y daños
que pueden suceder por mi venganza:
harás con darme vida a los chilcanos,
que sirvan a tu rey y sin mudanza
darán la sujeción a los hispanos
perlas, plata y fino oro en abundancia:
y por me conceder lo que te pido
no dejará tu rey de ser servido.

El capitán español
a nada oído le daba,
y así mandó se ejecute
la sentencia que está dada;

el verdugo se allegó
desnudo y de mala cara,
al cual furioso arrojó
bien lejos de donde estaba,

diciendo, «corte mi cuello
alguna honrada espada
de tanto noble español
como mira mi desgracia».

Su atrevimiento reprimen
y presto a un poste le atan
a donde los ballesteros,
aunque con temor tiraban,

porque, aunque muerto le ven,
por vivo le figuraban
respecto del gran temor
que su vista les causaba.

FIN

Nono romance

De la nueva elección de general en Chile, después de la muerte del Caupolicán

Después que pasó el pregón
de la voladora fama,
y ya que en Chile se supo
el suceso y mala andanza

del Caupolicán famoso
y su muerte desastrada,
el Consulado procura
que nueva elección se haga,

para que haya un caudillo
amparador de la patria;
para lo cual se ajuntaron
los caciques de más fama,

Tucapel, Ongolmo, Angol,
Cayocupil, Mareguano,
Mirapuc y Lebopía,
y Lincoya, de gran fama.

Puren llega y Lemolemo
con lucida gente armada;
Elicura, y Colocolo,
hombre que su edad anciana,

valor y saber en guerras
más que todos se adelanta,
el cual alzando la voz
les dijo: «porque la Patria

veis el peligro en que está,
diré muy pocas palabras.

Bien sé que estáis deseosos
del nuevo cargo que os llama,

y que cada cual pretende
le es debido el lauro y palma:
a lo que responderé
que pues la gente de España

nos tiene tan oprimidos
y mucha gente nos falta,
es bien que con gran silencio
la nueva elección se haga,

y sea hecha en el varón
que aquella viga pesada
tuvo más sobre sus hombros
fuera del muerto que falta».

Lincoya dijo: «yo soy
aquel que más se aventaja,
y el que más valor mostré
en la elección pasada,

pues sólo el Caupolicán
con seis horas de ventaja
me ganó, después que treinta
sufrí en mi hombro la carga».

Colocolo dijo: «pues
con tanta ventaja gana,
doblándole el tiempo a todos,
si os parece, séale dada

la silla de general,
sin ser voluntad forzada».
Viendo la mucha razón
con que el viejo anciano habla,

dicen todos muy contentos:
«Lincoya lleve la palma».
El cual respondió «señores
pues que me encargáis tal caiga,

de que estoy agradecido,
escuchadme una palabra,
y es, que si acaso me viereis

en los convites y plazas,

no me hagáis la cortesía
que mi gran cargo os encarga,
antes como a un ordinario
soldado, me haced la salva;

pero si mi mandamiento
viereis por seña o en carta,
habeislo de obedecer,
so pena de mi desgracia».

El viejo anciano replica:
«justo es que así se haga,
y en nombre de todos doy
de obediencia la palabra».

FIN

En loor de Lincoya, nuevo general de Arauco

Octavas

Era Lincoya discreto y elocuente,
sabio, tratable, franco, valeroso,
Gentil hombre, astutísimo, prudente,
Gallardo, cortesano, manso, hermoso.
Sagaz, humano, pródigo, valiente,
Fuerte, guerrero, diestro, belicoso,
Ágil, membrudo, recio, corpulento,
De noble condición y entendimiento.

En que se declaran las partes y calidades de Colocolo, gran consejero en el estado de Arauco

Era el gran Colocolo muy temido
del gran valle de Arauco y toda gente.
de prendas y linaje esclarecido,
en ciencias y virtudes eminente.
Del cual fue en todas artes instruido
el mas sabio chilcano diestramente,
al cual se le llegaba de corrida
el curso postrimero de la vida.

Era seco, delgado, renegrado,
calvo, amarillo, pálido, enfadoso,
cano, arrugado, mustio, carcomido,
flaco, tibio, decrepito, tembloroso,
impotente, gastado, consumido,
importuno, mugriento, rancilloso,
frío, débil, sin vista, desdentado,
viejísimo, inservible y corcovado.

Sin olfato, los pelos escarchados,
de entrambos los oídos muy tiniente,
consumidos los ojos, y quebrados
con espesas alhorzas, cara y frente;
los nervios y los órganos trabados,
tan débil y tan flaco, finalmente,
que el más pequeño miembro se veía
del cuerpo sin hacer anatomía.

Era junto con esto bien hablado,
en dichos y palabras sentencioso,
en cosas importantes remirado,
en trazas y artificios ingenioso.
En ciencias profundísimo letrado,
en públicos consejos receloso;
grave, severo, pródigo, elocuente,
en juntas y disputas excelente.